

Los pobres nos evangelizan

Un ilustre humanista ha escrito: "Haber nacido pobre es haber ganado treinta años de vida". El tener que enfrentarnos a realidades extremas nos da tal reciedumbre físico-espiritual, tanta madurez, tanta solidaridad que le ganamos a los calendarios la rigidez de su mezquindad y, saltando edades, ganamos una generación para hacernos contemporáneos del futuro.

Todo comienza en una elección libre de parte de Dios. Es Él quien ha elegido lo necio, lo débil, lo más bajo y despreciable de entre los seres humanos para exaltar su gloria y formar su comunidad, su pueblo predilecto y sentarlo a la mesa de sus preferencias. Sus amistades más significativas surgen de gentes que tienen como signo la humildad y la pobreza.

Los valores del Reino tales como equidad, justicia, solidaridad, fiesta, gozo tienen su raíz en la convivencia de los pobres. El evangelio de hoy los sintetiza en una sola palabra: "Bienaventuranzas". Todas ellas tienen como sujeto primero al pobre, aquel o aquella que sabe de su pequeñez y se pone en manos de Dios. Él es su fuerza y su sabiduría.

Dios no quiere la pobreza. Sobre todo, porque atenta contra la dignidad humana. Es fruto de la injusticia, del egoísmo. Dios se confunde con las víctimas de este cuadro dantesco de miseria, hambre y dolor. El evangelio se lee desde ahí en clave de solidaridad. Son los pobres, los pobres quienes nos evangelizan y nos enseñan a descubrir a Dios en su hábitat.

Cochabamba 30.01.11

jesús e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com